

lia y las trágicas y confusas noticias que llegaban de la Argentina.

Alguna vez escribí que el exilio —como el sexo— es imposible de imaginar para quien no lo haya sentido en las entrañas. La sensación de extrañeza, de soledad, de pérdida de los marcos de referencia, la lejanía de los afectos, son en sí una derrota. Además, a cierta altura de la vida la necesidad de comenzar de nuevo es una pesada carga. El exilio se diferencia de la emigración voluntaria en algo esencial: el deseo. Aunque no sea del todo cierto, uno elige el instante de la partida y supone que también podrá fijar la fecha del regreso. El exiliado, en cambio, es un expulsado, ignora si alguna vez podrá volver a su país, y su viaje posee las características de lo impuesto por la fuerza, de una injusta condena, de una sentencia sin término.

La España recién nacida a la democracia, como las mujeres en los primeros meses de embarazo, se hallaba ensimismada. Y era lógico. Estaba descubriendo la libertad, la democracia, el sexo, y quería disfrutarlos. Trataba de gozar la novedad de poder mirarse a sí misma y advertir que ese rostro resultaba diferente del que había visto durante el franquismo. En ese contexto, parece natural que estos personajes llegados del otro lado del océano, con sus tristezas y su derrota a cuestas, resultáramos una especie de aguafiestas: lo cierto es que durante un largo tiempo la integración se hizo muy difícil y por momentos dolorosa.

Los motivos de la casi unánime desconfianza española hacia el exilio fueron múltiples. De pronto, en una sociedad acostumbrada desde antiguo a la emigración (primero a Sudamérica, en especial a la Argentina, y desde los años sesenta a Suiza y Alemania) cayó un aluvión de extranjeros entre los que no faltaron personajes poco recomendables y hasta algún delincuente. El prejuicio hizo el resto. Así aparecieron las frases de «Argentinos abstenerse» en los avisos de locaciones, el despectivo título de «sudaca» o el desdeñoso «latinoché» inventado por el periodista Francisco Umbral.

Casi todos los exiliados debimos trabajar en las labores más inverosímiles y menos relacionadas con nuestras profesiones y aptitudes. Y aunque a la distancia suene a exageración, a puro dramatismo, varios, por algún tiempo, anduvieron (anduvimos) recorriendo las orillas del hambre. Luego —como era esperable— poco a poco fue ba-

jando la espuma de las dificultades y comenzamos a acomodarnos a una nueva situación laboral que raramente guardaba relación con nuestra historia anterior.

Mi experiencia española empezó con la redacción, en sólo veinte días, de los doce libritos del horóscopo para 1976-77. Hasta ese momento, mi único conocimiento astrológico era el de mi pertenencia al signo de Leo, pero me compré cinco libros y puse manos a la obra. Aunque aparecieron sin mi firma, fue (y supongo que seguirá siendo) el mayor *best-seller* de mi vida: seiscientos veinte mil ejemplares. (Más de una vez pensé cómo me hubiera gustado que ese mismo tiraje y ese mismo fervor interpretativo en los lectores hubieran sido para mis libros de poemas). También escribí, siempre con seudónimo, otros volúmenes sobre cosas que en realidad eran refritos periodísticos: los arreglos del hogar, el cuidado de los perros (nunca tuve un perro, pero había que ganarse la vida), los juegos de los niños en los días de lluvia. Actualizando el Derecho Político de mis años de facultad, redacté un libro sobre una práctica que España desconocía desde 1936: las elecciones, que llegarían meses después. Aunque abusando de mis necesidades económicas y mi trabajo en negro me pagaban una miseria, escribía con furia, sin descanso, hasta que un día la editorial quebró y quedé en la calle. Y a empezar de nuevo. (En las andanzas con editoriales tampoco faltarían luego algunos compatriotas que aprovechando la situación de los exiliados robaran nuestro trabajo y se negaran a abonarnos nuestros derechos de autor).

Un fin de semana de agosto de 1976, Arnoldo Liberman debía viajar a Barcelona y me invitó a acompañarlo. Hicimos una escala para nosotros imprescindible: fuimos hasta Orihuela a visitar la casa de la calle de Arriba, donde había vivido Miguel Hernández; recorrimos los claustros del colegio en el que había estudiado las primeras letras, visitamos la biblioteca donde él había leído por primera vez a Góngora y Quevedo, bebimos agua helada de un botijo (era mi primera vez). A los ocupantes de la casa no les resultó agradable nuestra llegada. Nos miraron con desconfianza. Molestos, nos aseguraron que ellos no tenían nada que ver con Miguel Hernández (sentí que estaban a punto de decirnos: «Nosotros somos gente decente»). Fui hasta el patio, traté de trepar al cerro donde Miguel apacentaba las ovejas pero un perro furioso, mostrándome los dientes, me impidió continuar. Sentí

que esa era la imagen de los mismos perros que habían perseguido a Miguel. Al retirarnos, Arnoldo pidió en una tienda algún periódico de Orihuela. Una viejecita reducida por los años, diminuta, le respondió:

—No, señor, en Orihuela no hay periódicos. En Orihuela no hay escritores.

—Cómo, ¿y Miguel Hernández? —dijo Arnoldo sorprendido.

—¡Ah, Miguel! —y explicó—. El pobrecillo se portó mal, lo tuvieron que meter en la cárcel, se enfermó y murió. Pobrecillo. No se hubiera portado mal...

Sacudidos por la respuesta, nos fuimos hasta el cementerio de Alicante. Bajo el sol del mediodía buscamos la tumba donde una lápida dice sólo: «Miguel Hernández. Poeta. 1910-1942». Era mi primer contacto con la España que había aprendido a amar a través de los libros.

Hacia fines de 1976, las dificultades laborales se agravaron. El primero de febrero del 77 llegaron mi mujer y mis hijos, lo cual multiplicaba por cinco los problemas de la falta de trabajo. Ya no se encontraban ni siquiera tareas insólitas. Pero conseguí una que me permitió conocer un mundo que para mí había sido ajeno: durante algunos meses fui obrero (de mono azul, o de overol, como se dice en la Argentina). Aprendí la diferencia que existe entre llegar a un sitio como representante de un canal de televisión, un periódico o una radio, y llegar siendo un trabajador anónimo en un país extranjero. Y un trabajador a quien no le alcanzaba —ni lejos— para mantener a su familia. Mis lecturas sobre el proletariado habían pasado a ser pura retórica.

Por esos días supe de las amistades de naufragos forjadas durante los exilios. De la solidaridad honda de quienes compartíamos la misma situación y de un puñado de españoles que me ayudaron a sobrevivir: Paca Aguirre, Fernando Quiñones (quien se aparecía algunas mañanas en mi casa y con la excusa de que conociéramos platos típicos de la cocina española, nos llevaba alguna empanada gallega o algún embutido para consolarnos el estómago) y por último, Félix Grande y José Antonio Maravall, quienes luchando a brazo partido contra los prejuicios xenófobos de la comisión interna del ICI, permitie-

ron que ingresara a formar parte de la plantilla de *Cuadernos Hispanoamericanos* en diciembre de 1977.

A partir de esa fecha, lentamente, las cosas fueron entrando en caja. Y a pesar de la tristeza, de la nostalgia, de las terribles noticias que llegaban desde la Argentina, de los nombres de queridos amigos desaparecidos (entre muchos, pienso en el poeta Roberto Santoro), comencé a aceptar que por largo tiempo (entonces aparecía como un lapso sin término) deberíamos vivir en Madrid.

Pude publicar un libro de historia española, que me sirvió para probarme que mi integración era posible, volví a escribir poemas, dicté algunos cursos en Europa. Viajé otra vez por Latinoamérica, empezaba a ser yo mismo. Pero también había aprendido que cada hombre tiene su propio lugar bajo el sol y, en los días finales de la dictadura militar, con mi mujer y con mis hijos decidimos regresar a la patria.

Haber vivido la transición española, sus altibajos y alternativas, haber compartido el miedo durante la interminable madrugada del 23 de febrero de 1981, haber podido recomenzar, entre muchas otras cosas imposibles de enumerar en un inventario de unas pocas páginas, me brindaron mayor paciencia, mayor tolerancia y una confianza absoluta en el poder de la democracia: si España había cambiado tanto, la Argentina todavía podía tener esperanzas.

Detrás quedarían grabados para siempre algunos rincones de Madrid: ciertas calles de Argüelles, un banco en el parque de Berlín, las puestas de sol sobre Moncloa que veía desde mi despacho en el ICI, las cañas y las tapas de un bar de Sáinz de Baranda, el Pinar del Rey, el autobús número 9, y sobre todo, la adolescencia de mis hijos y un grupo de amigos cuya separación —lo sabía— sería un nuevo desgajamiento.

En octubre del 83 aterricé en Ezeiza decidido a recomenzar de cero. El resto es otra historia.

**Horacio Salas**

# El difícil arte de volver

**L**legué a España el 21 de enero de 1973. Mi destino era Barcelona y mi propósito, escribir tres guiones de otras tantas películas que se iban a filmar allí. Era una suerte de año sabático gracias al cual cumpliría con el postergado «viaje a Europa», compromiso que desde los días de la Independencia todo escritor argentino fatalmente debe satisfacer. Pensaba quedarme unos meses y regresar a Buenos Aires. No escribí ningún guión, tampoco se filmó película alguna. Estuve casi trece años en España.

A lo largo de este tiempo pude comprobar qué significa ser forastero, y no porque los españoles se empeñasen en remarcarlo. Las causas son más profundas, menos inmediatas, y pueden resumirse en tres palabras: nadie nace extranjero. Es una cualidad que se adopta por decisión propia o imposición de los otros; y sólo a partir de su práctica es posible teorizar acerca de ella. Fue, recuerdo, un asunto ampliamente tratado durante la Tercera Semana Latinoamericana que se celebró entre el 12 y el 16 de marzo de 1984 en la Universidad de Toulouse-Le Mirail. «Los americanos y Europa: viajes, emigración, exilio» era el tema específico. Personalmente, me tocaban muy de cerca dos de los tres conceptos: había hecho un viaje que de alguna manera se había transformado en exilio. Junto a Augusto Roa Bastos, Juan José Saer, Gerardo Mario Goloboff, Rafael Humberto Moreno Durán y Rigoberto Paredes, participé en una mesa redonda donde esa materia se discutió con vehemencia. Aquella vez intenté una definición que, palabra más palabra menos, se desarrollaba así:

Por regla general, los viajes carecen de dramatismo. Pueden estar motivados por la curiosidad o el comercio y son propuestos como recompensa y descanso. Marco Polo o las tradicionales vacaciones de invierno y verano resultan adecuados ejemplos. El viaje siempre es circular, centrífugo: de ida y vuelta. El viajero no abandona su identidad y se complace en recoger los datos culturales que encuentra a su paso; pero no tiene necesidad de integrarlos: su estancia será breve. Brinda los elementos de su propia cultura y no aspira a que los integren.

La emigración cuenta con una lectura más seria. Aparece en el Segundo Libro del Antiguo Testamento; y si bien se propone dramáticamente, de ninguna manera está planteada como castigo. Emigrar suele ser un hecho colectivo que aspira a una recompensa final. En el caso bíblico, arribar a la tierra donde fluyen leche y miel. El Éxodo era el mejor de los caminos posibles: los judíos abandonaban un sitio hostil y se dirigían hacia la tierra prometida. Partieron con su propia cultura y repudiaron la del país que abandonaban. Era un viaje fundacional, sólo de ida. Más que dramático, el acontecimiento fue épico. El emigrado elige un país como destino y llega con gestos de triunfo; está dispuesto a desear tristeza y nostalgias; elabora planes sin prisas y a largo plazo. Ha elegido salir y, en definitiva, elegirá el regreso.

El exiliado no tiene elección. Ese trance también está trazado en las Escrituras. Se lee en el Génesis, y es el primer gran conflicto que presenta la cultura judeocristiana. El exilio es un castigo y, como tal, se impone contra la voluntad del castigado. Siempre significará tristeza. Mientras Moisés promete a sus hombres la seguridad de una tierra mejor, Jehová los expulsa de la mejor de las tierras y los condena para la eternidad. El exiliado debe optar por la salida y no puede decidir el regreso; a veces, tampoco puede elegir el destino. Es un paria que depende de la generosidad de los otros. Además de la inevitable derrota, carga tristeza y nostalgia; exhibe una permanente necesidad de hacerse perdonar. Rara vez realiza proyectos a largo plazo: entiende el exilio como una etapa transitoria de su vida.

En enero de 1973 yo no me consideraba emigrado, y mucho menos exiliado. Había partido por mi voluntad y no dudaba del regreso; se trataba de un viaje de conocimiento y trabajo. Los asesinatos perpetrados en mi país